

Instituto Argentino
de Ciencias Genealógicas

Genealogía de la familia Beeche

Museo municipal de arte colonial.—Suipacha 1422

Buenos Aires, Abril 26 de 1943.

Excme. Sr.

Don Norberto de Castro y Tosi.

Costa Rica.

De mi más alta consideración:

Acuso recibo de su comunicación de fecha de Enero del corriente año y por este correo se le envía la Revista del Instituto, donde V. S. podrá informarse sobre la organización y finalidad de nuestra institución. Su trabajo sobre los estudios genealógicos en Costa Rica será publicado en el próximo número.

Los datos sobre la casa de Beeche que V. S. solicita, son los siguientes:

Marcos de Beeche y Goitía n. de Bilbao, hijo de Martín de Beeche y de Josefa Antonia de Goitía. c. m. en Salta (Argentina) 28 de julio de 1799, con Josefa Estévez y Medina, hija de Gregorio Estévez y de Micaela Medina y López. Gregorio Miguel Beeche y Estévez, hijo de Marcos y de Josefa Estévez, n. Salta 9 de Mayo de 1800, donde casó con Cayetana Nadal y Morel. Fué un célebre bibliófilo que se radicó en Chile donde casó en segundas nupcias, con Evarista Arana, dejando descendencia. De este linaje descienden por línea materna, las familias argentinas de Perú y Tezanos Pinto.

Lo saluda cordialmente:

(f.) ALFREDO DÍAZ DE MOLINA.

Nota: Del matrimonio de Gregorio Miguel Beeche y Estévez y Evarista Arana, nació entre otros hijos Don Eduardo Beeche, cónsul de Chile en Puntarenas, tronco de la casa de Costa Rica. — N. de C.

La sombra sobre el muro

Por J. Funch-Brentano, del Instituto de Francia

Las calumnias difundidas alrededor de Lucrecia Borgia desaparecieron durante su reinado en Ferrara, borradas por la dignidad de su vida y por su espíritu caritativo. Ellas reaparecieron después de su muerte.

En 1534, la Corte de Urbino proyectaba el matrimonio de Guidobaldo II, hijo de Francisco María de Urbino y de Eleonora de Gonzaga, con

Julia Varano; pero el joven deseaba casarse con una Orsini. Su padre, entonces, le dictó una lección: desenrolló ante su vista un cuadro de los malos enlaces principescos y puso en primera línea el de Alfonso de Este con Lucrecia Borgia, "la mujer que se sabe".

—Estoy seguro—respondió el hijo a su padre—de que vos no me obligaréis a tomar una mujer tal como Lucrecia Borgia, "una mujer como esa, de la peor especie y de naturaleza tan deshonrosa".

En Ferrara, los despojos de Lucrecia no han sido profanados ni sus huesos arrojados al muladar, como en Navarra los de su hermano César por el Obispo de Calaborra, pero las letras inscritas sobre la piedra fueron borradas por una mano piadosa e imbécil, en reconocimiento de los beneficios que la hija de Alejandro VI difundió sobre su segunda patria, de modo que no se sabe ya, como lo anota Carlos Iriarte, dónde reposan sus restos mortales.

Y después, la mala reputación continuó creciendo, desarrollándose, multiplicándose hasta el día en que un gran poeta, luego reforzado por un gran músico: Víctor Hugo en su drama (Porte-Saint Martín, 1833) y Donizzeti en su ópera (Teatro Italiano, 1840), le dieron una suprema consagración.

La manera como nació la calumnia, su punto de partida, lo hemos indicado: las afirmaciones ultrajantes que Juan Sforza, señor de Pesaro, echó a correr después de la ruptura de su unión con Lucrecia, mediante la acción de César Borgia y de Alejandro VI. Comunicadas a los que lo rodeaban por Ludovico el Moro, las insinuaciones malévolas no tardaron en fermentar en Milán, como en un caldo de cultivo. Un orador ferrarés escribe al respecto al duque de Este: "Aquí (en Milán) se profiere públicamente tales injurias contra el Papa (Alejandro VI) que tal vez en Ferrara no se las permitiría ni contra un Torta (nombre de un traidor).

Andando los días, Juan Sforza se avergonzó de sus mentiras, y las desmintió; pero ya la calumnia había tomado su impulso.

Afirmaciones asesinas, muy pronto repetidas por mil ecos, acogidas con afán en los lugares más diversos, pues los Borgia eran odiados: "Desde Alfonso Borgia, que fué el Papa Calixto III, escribe Orestes Ferrara en su Maquiavelo, esta familia (española) se había elevado a un rango de nobleza eminente. Nepotistas en grado supremo, en el ejercicio de cargos públicos tan altos como los de Papa, procuraron hacer de la Iglesia su feudo. El odio contra esta familia que había dado en tan poco tiempo dos Papas a la Iglesia, que acaparaba a manos llenas los honores y las riquezas, que, extranjera, se había instalado en medio de Roma, con menosprecio de los antiguos poderes medioevales, era enorme".

"No se necesitarán menos de diez pontificados, decía el obispo de Módena, para saciar la avidez de toda esta parentela (los Borgia)".

Circunstancias particulares deberían activar contra Lucrecia la hiel cada vez más envenenada. En la Corte de Nápoles vivían dos poetas, Sannazar y Pontanos, adictos a la familia de Aragón, cuya ruina buscaban los Borgia, aliados a los franceses. Ambos quedaron justamente indignados

ante el horrible asesinato de Alfonso de Aragón, duque de Biseglia, por César Borgia, y se apresuraron a difundir con gran resonancia las sugerencias del señor de Pesaro con referencia a Lucrecia; su triple incesto: la querida del padre y de sus dos hermanos, Juan de Gandia y César de Francia.

Juan Jovino Pontano no era solamente poeta, sino un hombre político y un diplomático distinguido. Fundó la Academia de Nápoles, que llevará su nombre. Sannazar, más joven que él, era sobrenombrado “el Virgilio cristiano”.

Pontano y Sannazar tenían ambos un gran renombre, talento y un espíritu mordaz: sus versos breves, incisivos, epigramas, tercetos y dísticos, atraían fácilmente y quedaban en las memorias.

De esos “versillos”, he aquí una muestra:

Un dístico de Pontano:

¿Ergo te semper cupiet, Lucrecia, Sextus?

¡O fatum diri numinis! ¡hic pater est!

(Alejandro VI te deseará siempre, ¡oh Lucrecia!

¡Siniestro destino! ¡él es tu padre!)

Sannazar compuso referente a Lucrecia el siguiente epitafio, igualmente bajo la forma de dístico:

Hoc jacet in tumulo Lucrecia nomine, sed re

Thais: Alexandri filia, sponsa, nurus.

(En esta tumba yace Lucrecia por su nombre, de hecho una Thais: hija, mujer y nuera de Alejandro).

La palabra “nuera” marca las relaciones que habrían existido entre Lucrecia y su hermano César, hijo del Papa.

La calumnia está en marcha, ella tiene alas. Se conoce la inmortal tiráda de Basilio.

Ella encontró su más potente y resonante expresión en una carta anónima fechada “15 de noviembre de 1501, bajo los muros de Tarento, en el campo real”. Se trata del campo de Gonzalo de Córdoba, que sitiaba al hijo de Federico de Nápoles, encerrado en la ciudad. La fecha y el lugar de origen son probablemente ficticios.

El autor recoge todo lo que corría en diferentes lados contra los Borgia y forja con ello, añadiendo veneno, un vocablo de una virulencia espantable. La carta está dirigida a uno de los feudales despojados por el Papa y refugiados en la Corte imperial de Alemania, Silvio Savelli.

La “carta a Savelli” tuvo una enorme resonancia. Fué impresa, traducida a las diversas lenguas de Europa, difundida por las Cortes soberanas. Se le encuentra reproducida en el *Diarium* de Burckard en el de Sanuto, en Tomasi. Se puede decir que la “carta a Savelli” forma con el *Diarium* de Burckard, la base de todo lo que se ha escrito hasta el día sobre los Borgia.

En su Historia de Roma, Gregorovius estima que esta terrible diatriba "es un documento auténtico". Ningún otro relato, a juicio del célebre historiador habría trazado mejor "el carácter de esta casta, su política obscena en lo grande y en lo pequeño, el terror que hacían pesar sobre la ciudad sus sicarios y espías".

Tal vez, Gregorovius exageraba. Hombre muy honrado, excelente erudito, escritor de talento, se deja muchas veces arrastrar por sentimientos de un protestantismo agresivo. El conjunto de la epístola a Savelli no es por eso menos digno de recordar y de compararlo al cuadro de la Roma de los Borgia trazado por el obispo de Viterbo que hemos reproducido.

Se habrá notado que en esta diatriba, en que el autor ha recogido en contra de los Borgia, todo lo que se podía encontrar en materia de acusaciones, y de toda especie, ningún hecho le ha sido atribuido a Lucrecia, fuera de la calumnia forjada por Juan de Pesaro en que le acusaba de haber cedido, muy joven aún, apenas a la edad de diecisiete años, a las instancias paternas.

La "carta a Savelli", llegó a Roma en texto impreso en el mes de diciembre de 1502. Un ejemplar cayó en manos del obispo de Módena, J. B. Ferrari, que era tratado allí de la manera que se acaba de ver, Ferrari se apresuró a leerlo al Papa. Como hombre de ingenio y de un pensamiento dominante, Alejandro VI no hizo más que reír; pero su hijo César tomó el asunto en serio. Hizo detener y torturar a los propagandistas del panfleto que pudo coger. Un napolitano, Hierónimo Manciani, que fué sorprendido en Roma divulgando esas afirmaciones en la plaza del mercado, sufrió la pena de que le horadaran la lengua con un fierro al rojo y que le cortaran los dos puños; poco después, César hizo detener a un veneciano llamado Lorenzo que traducía al griego el libelo infamante y lo enviaba a su país. Lorenzo fué ahogado en el Tíber. "¡Qué quiere usted, decía el Papa al orador veneciano, el duque de Valencia es muy bueno, pero no sabe tolerar las ofensas! Yo le he dicho, sin embargo, que haga lo que yo y que deje a las gentes que escriban lo que se les ocurra; pero me contesta con cólera que quiere enseñar a los escritores a ser corteses".

Es digno de notar que todos los detractores de la virtud de Lucrecia no hablan sino del período romano de su vida, cuyo período se cerró alrededor de los veinte años de la joven. Si Lucrecia hubiera sido el monstruo que se ha dicho, fué en la flor de su primera juventud, para hacerse buena y virtuosa en su edad madura, cuya edad no alcanzó a madurar completamente, puesto que ella dejó el mundo a los treinta y nueve años.

Todos los contemporáneos que han tratado de la parte ferraresa de esta corta existencia, han sido unánimes en no hablar de la joven duquesa sino con deferencia y respeto.

Entre los primeros, los detractores, se debe citar, después de los poetas Sannazar y Pontano, a los cronistas y hombres de Estado; Matarazzo, Marcus-Atilius-Alexius, Pedro Mártir de Anghiera, Priuli, Maquiavelo y Guicciardini. Estos dos últimos son de primera fila.

Las páginas de Guicciardini, sobre todo, han influido mucho en la opinión de la posteridad. Fué jurisconsulto, abogado, “orador” y hombre de Estado de renombre; es un historiador célebre. Escribe con fuego y vehemencia, en un tono que marca la convicción, aunque sin espíritu crítico cuando se deja arrastrar por la pasión y la cólera.

“Me atrevo a decir a Guicciardini, escribe Voltaire: Europa ha sido engañada por vos y vos lo habéis sido por vuestra pasión. Vos habéis creído a vuestro odio”.

Guicciardini atribuía a los franceses las desgracias de su patria entregada a los “bárbaros” y perseguidos a ellos y a sus afiliados, con su execración. Detestaba a los Borgia, lo que era para él un doble motivo para acoger con apresuramiento, sin control, las calumnias difundidas sobre Alejandro VI, sobre César de Francia y sobre Lucrecia. ¿Esta última no era una Borgia y la mujer del duque de Ferrara, el más fiel y el más firme aliado de los franceses?

Y luego había en Guicciardini esa tendencia natural en su espíritu de ver en todas las cosas el lado bajo y feo, encontrando móviles vituperables aun en los actos dignos de elogio. Es lo que nuestro Montaigne definió juiciosamente:

“He notado también, dice el maravilloso autor de los Ensayos, que entre tantas almas y efectos que él juzga—se trata de Guicciardini—de tantos movimientos y consejos, no relaciona ninguna con la virtud, religión y conciencia, como si estas cosas estuvieran del todo extinguidas en el mundo; y a todas las acciones, por bellas que sean en apariencia, les atribuye la causa a una ocasión viciosa o a un provecho. Es imposible de imaginar que, entre ese infinito número de acciones, no haya habido alguna producida por la vía de la razón. Ninguna corrupción puede haber cogido a los hombres tan universalmente, algunos escaparían al contagio. Eso hace temer, concluye Montaigne, que haya un poco de vicio en sus gustos, y que hayan juzgado a los demás por sí mismos”.

En el campo de los defensores de Lucrecia y de sus admiradores, se encuentran, por lo demás, hombres de una importancia igual a la de sus detractores. Tienen sobre estos últimos por lo menos la ventaja—bastante considerable—de haber conocido a Lucrecia personalmente, lo que no se puede decir de ninguno de aquellos que han formado en el campo opuesto. Son los poetas Tito y Hércules Strozzi, Pero Bembo, Antonio Tebaldeo y el Ariosto, el noble Niccolo da Correggio, primo de Alfonso de Este, y el gran impresor, humanista y moralista, una de las más nobles figuras de su tiempo, Alde-Manuse, sin hablar de los cronistas ferrareses y de Bayardo y del “Leal Servidor”.

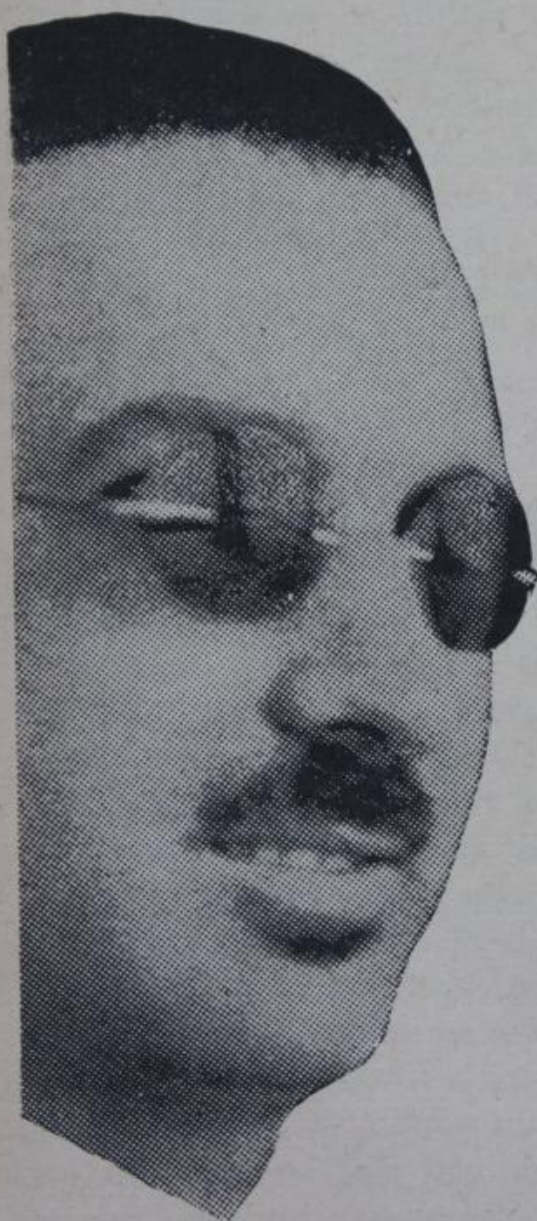
Es notable, por fin, que la mayor parte de los escritores de nuestra época contemporánea, que han estudiado la vida de Lucrecia Borgia de cerca, directamente sobre los documentos del tiempo, que han releído su correspondencia, la de las personalidades inmediatamente en relación con ella, los biógrafos que no han dado crédito sino a los testimonios autorizados, despreciando los chismes

de reporteros malévolos, demasiado celosos en difundir historias sensacionales, historiadores entre los cuales conviene dar el primer puesto a Fernando Gregorovius—a quien este libro debe más de todo lo que el autor pueda decir—han llegado unánimemente a esta conclusión: Lucrecia Borgia es la persona más desgraciada y la más calumniada de la historia.

Tomado de Lucrecia Borgia de F. Funck-Brentano del Instituto de Francia—Santiago de Chile 1936.—págs. 141-144 y 151-154.

Para Rogelio de Amalía

Una sonrisa, la más afable; un gesto cordial que se tendía para todo el que llegaba; una frase de aliento para todos y para cada uno; unos brazos que se abrían a toda hora para estrechar en ellos al amigo.



Lic. Don Rogelio Sotela B.

...¡Manos generosas de artista! largas manos delgadas que tantas veces besé ¡cuántas veces las tuve entre las mías! Manos de línea aristocrática que con efusión yo besaba mientras él con un gesto complacido respondía cogiendo entre ellas mis mejillas para darme un beso que sabía a panales... y luego, cogidos de las manos dirigiéndonos los dos complacidos y felices a la mesa de trabajo. Mientras ávidos mis ojos seguían sus líneas, su pluma corría y brotaba el poema como chorro de agua pura. Poema que iba siempre encauzando a las conciencias... su voz suave—aquella su voz de timbre tan amado—iba marcando la cadencia del poema que en mi oído resonaba como música divina y así las horas se pasaban en comunión con el Ensueño, esperando siempre, él, ver en mis ojos la aprobación de su poema. Yo viví su obra. En cada verso suyo latió mi corazón. ¡En cada verso suyo se unieron nuestras almas!

...Nuestras almas... que aún siguen unidas. Todos los minutos de mis días son de él. Ahora está conmigo a todas horas... nada hay ya que pueda arrebatármelo, ni afanes cotidianos ni amigos, ni deberes... Largas, largas horas comulgan nuestras almas que se han separado ¡él está conmigo! fué muy intensa nuestra vida, la muerte no puede dividirnos. Su cora-